



V

TORMENTOS DE IDEAS

Había transcurrido un mes desde que la madre de Roberto Greslou llevó al solitario de la calle de Guy de la Brosse aquel extraño manuscrito que tantas vacilaciones produjo en Adriano Sixto antes de leerlo. El filósofo permanecía aún, después de transcurridas aquellas cuatro semanas, de tal modo perturbado con aquella lectura, que los comparsas humildes que constituían su sociedad no pudieron menos de observarlo. Celebrábanse frecuentes conferencias entre la señorita de Trapenard y los esposos Carbonnet en el chiribitil de la portería, lleno de olor al cuero, y donde la fiel ama de llaves y los juiciosos porteros discutían sin cesar sobre las causas de aquel extraño cambio sobrevenido en las costumbres del célebre filósofo. Aquella admirable, aquella automática regularidad de las salidas y las entradas que durante quince años habían hecho de Sixto un cronómetro viviente para todo aquel pacífico y tranquilo barrio del Jardín de Plantas, habíase transformado de pronto en una ansiedad febril e inexplicable. El filósofo iba y venía, desde la visita de la señora Greslou, como un hombre agitado que no puede estar quieto en ningun-

na parte, que cuando pasea piensa de pronto en volver a casa, y una vez de vuelta ya no puede sufrir su casa. En la calle, en vez de andar con el paso metódico en el cual se adivina una máquina nerviosa perfectamente equilibrada, Sixto se apresuraba unas veces, se detenía otras o gritaba como si disputara consigo mismo. Esta sobreexcitación nerviosa se traducía por signos más extraños aún. La señorita Trapenard había referido a los Carbonnet que su amo no se acostaba ahora antes de las dos y las tres de la madrugada.

—Y no es por trabajar—agregaba la buena mujer—porque se pasa andando, andando, las horas muertas. La primera vez que esto sucedió creí que estaba enfermo. Me levanté para preguntarle si quería algo, y él, siempre tan atento, tan dulce... me despidió brutalmente.

—Yo—dijo la señora Carbonnet—le vi el otro día, al volver de paseo; sentado en el café; no podía yo creer a mis ojos. Allí estaba, sí, señor, detrás de las vidrieras y leyendo un periódico. Si yo no le hubiera conocido me habría dado miedo. Era necesario verle, ¡qué cara, y qué arrugas en la frente, y qué boca!

—¿En el café?—exclamó la señorita Trapenard—. En dieciséis años, poco menos, que le he servido no le he visto una vez siquiera abrir un diario.

—Este hombre—dijo el señor Carbonnet—tiene un disgusto que le pudre la sangre; y los disgustos, sabe usted, señorita María, son como quien dice, el tonel de *Adelaida*, no tienen fondo. La verdad del caso es que todo esto principió con aquella cita del juez y con la visita de la señora enlutada; ¿y sabe

usted lo que yo pienso? Que se trata de algún hijo que este señor tiene en alguna parte y que se conduce mal.

—¡Ave María purísima!—gritó la criada—. ¡Él un hijo!

—¿Y por qué no?—replicó el portero, guiñando maliciosamente un ojo detrás de las gafas—. Bien puede haber sido en su juventud tan travieso como cualquier otro.

Después de dirigir algunas bromas a su gallo Fernando, prosiguió el portero maestro de obra prima comunicando a la señorita Trapenard, que le oía espantada, los rumores que circulaban acerca del pobre señor Sixto desde su cambio visible de costumbres. Todas las malas lenguas estaban conformes en atribuir a la cita del juez la actual perturbación del filósofo. La planchadora decía haber sabido por un *paisano* del señor Sixto que su fortuna provenía de un depósito, del cual se había apoderado su padre y que él tenía que devolver. El carnicero contaba a quien quería oírle que el sabio estaba casado y que su mujer había venido con ánimos de armarle un escándalo atroz y hasta de formarle causa. El carbonero había insinuado que el buen hombre era hermano de un asesino cuya ejecución, bajo el falso nombre de Campi, atormentaba aún en aquella época los cerebros de la gente del pueblo.

La pobre señorita Trapenard estaba realmente espantada. Aquella pobra mujer, corpulenta, de buen color, fuerte como un toro a pesar de sus cincuenta y cinco años; siempre aldeana, con sus zapatones gruesos, sus medias de lana azul hechas por ella

misma, sentía hacia su amo un afecto tanto más fuerte cuantos más eran los elementos que entraban a integrarlo. En él respetaba la aldeana al *caballero*, a la persona bien educada, de quien sabía ella que los periódicos habían hablado muy a menudo. Quería en él al solterón, que no examinaba nunca sus cuentas y la dejaba ama absoluta de la casa, un bienestar seguro y una renta para los últimos años de su vida. Por último, ella protegía, ella, sólida, robusta, al hombre de constitución débil, casi enfermizo y tan sencillote, como decía ella, que un niño de diez años podría engañarle. Por esto esas rarezas la mortificaban en su orgullo, y al propio tiempo la alteración del genio de su amo le hacían el hogar casi desagradable. Por verdadero afecto se alarmaba porque su amo no comía, no dormía casi. Veíale triste, pensativo, enfermo, y ni conseguía alegrarle, ni menos adivinar la causa de aquella melancolía creciente y de aquella agitación. Calcúlese cómo se quedaría la buena ama de llaves cuando, una tarde del mes de Marzo, Sixto regresó a las cinco, después de haber almorzado fuera, y le dijo:

—¿Está en buen estado mi maleta?

—No lo sé—respondió la criada—; el señor no la ha usado desde que estoy en la casa.

—Vaya usted a buscarla.

La criada obedeció, y trajo poco después una maleta de cuero llena de polvo, con la cerradura enmohecida y sin llaves.

—Muy bien—dijo Sixto—; va usted a comprar una parecida a esta inmediatamente y a poner en ella lo que sea necesario para un viaje.

—¿El señor se va?

—Sí, por algunos días.

—Pero el señor no tiene nada de lo que se necesita; el señor no puede irse de este modo, sin manta de viaje, sin...

—Busque usted lo que sea necesario, y vaya usted de prisa, porque debo tomar el tren de las nueve.

—¿Acompañaré al señor?

—No; es inútil. Vamos, que apenas queda tiempo.

—Con tal que no tenga el proyecto de *asudizarse*—dijo el señor Carbonnet cuando la criada le contó aquel nuevo acontecimiento, casi tan extraordinario, en aquel rincón del mundo, como si el filósofo hubiese anunciado su casamiento.

—¡Ah!—dijo la criada oyendo al portero—. Si quisiera llevarme aunque yo pagase el viaje de mi bolsillo, iría.

Este grito, sublime en boca de una criatura llegada de su aldea para servir y que llevaba su economía hasta hacerse sus vestidos de casa utilizando los gabanes desechados por su amo, probará más que todos los análisis qué inquietudes causaba en aquellas pobres gentes la metamorfosis del sabio, que efectivamente, atravesaba una crisis moral terrible. No sospechando que nadie le mirase, dejaba ver toda la intensidad de esa crisis en sus gestos más insignificantes, así como en los rasgos de su fisonomía. Desde la muerte de su madre no había conocido el filósofo horas tan duras; y, al menos, los dolores producidos por aquella irreparable separación habían sido sólo sentimentales, mientras que la lectura de la memoria de Roberto Greslou había alcanzado, con

no menor golpe, al filósofo en el centro mismo de su sér, en lo más profundo de la vida intelectual, única razón de su existencia. En el momento mismo en que daba a Marieta la orden de prepararle lo necesario para el viaje, hallábase tan poseído de espanto como la noche en que hojeaba aquel cuaderno de confidencias. Aquella historia siniestra de una seducción tan bajamente conducida, de una traición tan negra, de un suicidio tan melancólico poníale frente a frente con la visión más horrible: la de su pensamiento como agente y corruptor... cuando él había renunciado voluntariamente a todas las concupiscencias y vivido con un ideal constante de pureza. Todas las aventuras de Roberto Greslou le mostraban sus libros como un cómplice de su orgullo repugnante, de una sensualidad abyecta, a él que no había trabajado jamás sino para servir a la psicología como obrero modesto y con un trabajo que él juzgaba benéfico y en el ascetismo más severo, para que los enemigos de sus doctrinas no pudiesen combatir con su ejemplo sus principios. Haber obrado mal sabiéndolo y queriéndolo es muy triste para el hombre que vale más que sus hechos; pero haber consagrado treinta años a una obra, haber creído que esta obra era útil, haberla continuado con toda sinceridad y con sencillez, haber rechazado como injuriosas las acusaciones de inmoralidad lanzadas por adversarios apasionados, haberse inclinado a no dudar de la propia razón y del entendimiento propio y hallar de repente, a la luz de una revelación abrumadora, con una prueba indiscutible, una prueba real como la vida misma de que esa obra ha envenenado

un alma; que esa obra llevaba dentro de sí un principio de muerte; que esa obra propaga y defiende aquel principio mortal por todos los ámbitos del mundo... ¡Ah! ¡Qué sacudida tan terrible, qué herida tan cruel, aunque la sacudida sólo hubiese de durar una hora y la herida se cerrase inmediatamente!

Esto había experimentado Sixto al leer y releer y tornar a leer cien veces aquellas páginas a él dedicadas. Cuando la madre de Roberto le había dicho gritando: «usted ha corrompido a mi hijo», la serenidad del sabio apenas se había alterado. Tampoco había opuesto más que un desdén soberano a la acusación del señor de Jussat, reproducida por el juez, y a la frase de este último sobre las responsabilidades morales.

¡Qué tranquilo había salido del Palacio de Justicia...! Ahora ya no encontraba aquel desdén; su serenidad había sido vencida, y él, el que negaba toda libertad; él, el fatalista que descomponía la virtud y el vicio con la brutalidad de un químico al estudiar los gases; él, el profeta osado del mecanismo universal, y que hasta entonces había conocido la armonía perfecta entre su corazón y su entendimiento, sufría algo que estaba en contradicción con todas sus doctrinas: tenía remordimientos y se reconocía responsable. Las luchas que dentro de su espíritu librarán sus convicciones filosóficas y sus sentimientos humanitarios; las alternativas de estas luchas... produjeron en Sixto tales trastornos, que le privaron de la facultad de discurrir durante muchas horas.

Un acontecimiento muy sencillo acabó de hacer más trágica esta lucha íntima, imponiendo al filósofo

una acción inmediata. Una mano desconocida le envió un periódico en el cual había sido publicado un artículo violentísimo contra Sixto con motivo del proceso de Roberto Greslou. El articulista, inspirado evidentemente por algún allegado o algún amigo de los Jussat, fustigaba a la filosofía moderna y sus doctrinas, encarnadas en Adriano Sixto y en otros muchos sabios. Después pedía un castigo ejemplar.

En el párrafo último de aquel trabajo, improvisado a la moderna, con ese realismo de imágenes que es la retórica de hoy, como el idealismo de las metáforas fué la retórica de tiempos pasados, mostraba el periodista al asesino de la señorita de Jussat subiendo al cadalso, y una generación de jóvenes decadentes corregidos por tan provechoso ejemplo.

En cualesquiera otras circunstancias aquellas declaraciones hubieran hecho sonreír al filósofo. Hubiese creído que el papelucho le había sido enviado por su enemigo Dumoulín, y habría continuado su interrumpido trabajo con la misma tranquilidad con que Arquímedes trazaba sus dibujos de geometría en la arena durante el saqueo de la ciudad. Pero la lectura de aquella crónica emborronada, sin duda, en un rincón de una mesa de café de Tortuni, por un moralista de plazuela, le hizo pensar en un hecho, en el cual no había pensado todavía: en que aquel drama moral se duplicaba como drama real. Dentro de algunas semanas, acaso días nada más, un hombre, de cuya inocencia él poseía una prueba, iba a ser juzgado.

Ahora bien, según las leyes y la justicia de los hombres, el seductor de la señorita de Jussat era ino-

cente; y si aquella memoria no constituía un testimonio decisivo, presentaba un carácter indiscutible de veracidad que bastaba para salvar una cabeza. ¿Podía él permitir que cayese esa cabeza, siendo el confidente de las miserias, de las vergüenzas, de las perfidias del joven, sabía también que aquel muchacho, de inteligencia pervertida, no era asesino? Era indudable que él se hallaba ligado, con un pacto tácito, al abrir y leer el manuscrito; pero ese pacto, ¿podía ser valedero aun en caso de muerte?

Existía en aquel solitario, atormentado hace ya un mes por amarguras morales, tal necesidad física de escapar a la comezón ineficaz y estéril de su pensamiento por una volición positiva, que experimentó una especie de descanso cuando, por último, adoptó una resolución. Otros periódicos, consultados ansiosamente, hicieronle saber que el *proceso Greslou* se vería ante el Tribunal de Riom el viernes 11 de Marzo. El día 10 daba a Marieta aquella orden de prepararle la maleta, orden que tanto había sorprendido a la criada, y en aquella misma noche tomaba el tren después de haber echado al correo una carta dirigida al señor conde Andrés de Jussat, capitán de dragones, de guarnición en Luneville. Esta carta, que el filósofo no firmó, contenía solamente estas líneas: «El señor conde de Jussat posee una carta de su hermana que contiene la prueba de la inocencia de Roberto Greslou. ¿Permitirá el conde que sea condenado un inocente?» El psicólogo nihilista no había podido escribir las palabras *deber* y *derecho*, pero su resolución estaba tomada. Esperaría a que el proceso hubiese terminado, para hablar; y si el señor

de Jussat guardaba silencio hasta lo último y Greslou era condenado, depositaría Sixto la Memoria del joven en manos del presidente.

—Ha tomado billete para Riom—dijo la señorita Trapenard al portero al regresar de la estación, adonde le había acompañado, contra la voluntad del viajero...—¿Pero qué idea de irse tan lejos y solo, y con este frío, estando tan a gusto aquí?

—Tranquílicese usted, señorita Marieta—le respondió el portero—. Ya sabremos lo que sucede, un día u otro, pero a mí no hay quien me quite de la cabeza que hay un hijo ilegítimo de por medio.



VI

EL CONDE ANDRÉS

En el momento en que el billete puesto en el correo por Adriano Sixto, aquel billete que el filósofo nombraba el llamamiento supremo, el conde Andrés, de quien dependía en aquellos momentos la suerte de Roberto Greslou, hallábase también en Riom. hizo la casualidad que aquellos dos hombres no se encontrasen, porque el célebre escritor, al bajar del tren, tomó al acaso el ómnibus de la fonda del Comercio y el conde tenía su cuarto en la del Universo. Allí, en un salón adornado con muebles viejos, mal empapelado, con colgaduras muy usadas y remendada alfombra, durante la mañana del viernes 11 de Marzo de 1887, en que comenzaban los debates del proceso Greslou, el hermano de la pobre Carlota se paseaba de arriba abajo.

El asistente del conde, un dragón de fisonomía alegre, había puesto un poco en orden aquel salón alquilado la víspera y estaba arreglando la mesa. De cuando en cuando el soldado miraba a su capitán ir y venir, atusarse el bigote con mano nerviosa, morderse los labios, fruncir las cejas, expresar, en fin,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

en su varonil semblante la ansiedad más dolorosa. Pero José Pourat, así se llamaba el asistente, se explicaba perfectamente, en su inteligencia sencilla, que el conde no fuese dueño de sí cuando estaban juzgando al asesino de su hermana. Para este soldado, como para todas las personas que de cerca o de lejos habían tratado a los Jussat-Randon y conocían a Carlota, la culpabilidad de Roberto Greslou era evidente. Lo que el leal soldado no podía comprender, conociendo la energía del oficial, era que hubiese dejado ir solo al marqués a presenciar el juicio. «Eso me haría mucho daño», había dicho el conde, y Pourat, que preparaba cucharas y cubiertos, no sin haberlos frotado previamente por una desconfianza muy justa en la limpieza de servicio de la fonda, recapacitaba, advirtiendo la horrible angustia de su capitán: «Es un gran corazón, sin duda, aunque algo brusco... ¡Cómo quería a su pobre hermanal!»

Andrés Jussat no advertía siquiera que hubiese otra persona en la sala. Sus ojos oscuros, próximos a la nariz, que en otro tiempo habían admirado y hasta disgustado a Roberto Greslou por su semejanza con los de las aves de rapiña, no lanzaban aquella mirada fiera que va, si así puede decirse, derecha al objeto y se apodera de él. No; existía ahora en aquellas pupilas una especie de inexplicable encogimiento, algo así como vergüenza, miedo de mostrar el sufrimiento. Este databa del día en que recibió la terrible carta de Carlota, a la cual siguió el telegrama anunciando su muerte, y en que él había tomado precipitadamente el tren para Auvernia sin saber de

qué modo enteraría a sus padres de la horrible verdad, pero decidido a tomar venganza de Greslou. El marqués le había recibido con estas palabras:

—¿Has recibido mi telegrama? Ya tenemos al asesino.

El conde no contestó comprendiendo que había algún error en lo que decía su padre; pero cuando éste le explicó lo acontecido y la prisión de Roberto, creyó que el destino le ofrecía aquella venganza, objeto único de sus pensamientos desde que leyó, ¡con cuánto dolor en el alma!, la confesión de la muerte y los pormenores de la caída, de los extravíos, de sus resistencias, de su decepción horrible y de su funesta determinación. Reduciase todo a no mostrar la carta que conservaba en su cartera, y el cobarde, el infame seductor de la joven sería condenado sin duda alguna. El honor de Carlota quedaba a salvo, porque Roberto Greslou no podía demostrar sus relaciones con la joven; el marqués y la marquesa, aquellos padres tan confiados, que tanto amaban el recuerdo de la pobre niña, ignorarían la falta de su hija, falta cuyo conocimiento sería para ellos una desesperación nueva... y el conde Andrés había callado.

Había callado, pero no sin un violento esfuerzo sobre sí mismo. Este hombre valeroso, que poseía, por naturaleza y por voluntad, las virtudes de un verdadero soldado, detestaba la perfidia, las transacciones de la conciencia y todas las cobardías. Comprendía que su deber era hablar, no dejar que se acusase a un inocente. En vano se decía a sí mismo que Roberto había sido el asesino moral de Carlota, y que este asesinato merecía un castigo como el otro;

este sofisma de su odio no había conseguido ahogar por completo la voz que le prohibía hacerse cómplice de una iniquidad, y le decía que el condenar a Greslou como envenenador era inicuo. El silencio de Roberto le encolerizaba con Roberto y con él mismo... En esta lucha entre su odio y su conciencia se hallaba aún, cuando oyó decir a Pourat:

—Mi capitán, aquí está ya el señor marqués.

—¿Qué ha pasado, padre?—preguntó con ansiedad el conde.

—Tenemos todo el Jurado a nuestro favor...

El deseo de la venganza animaba a este anciano, que había olvidado su hipocondría y sus imaginarios dolores; su palabra era viva, imperiosa y clara... «—Hoy han sorteado los jurados, he tomado los nombres... todos son gentes honradas y desean que se haga un ejemplar castigo. El fiscal está seguro de que será condenado... ¡Ah, infame!... He tenido una satisfacción, la única desde hace tres meses, en verle entre dos gendarmes y en comprender que estaba bien cogido... ¡Oh! No es fácil escaparse de aquellos puños... Pero ¡qué audacia! El infame ha paseado tranquilamente su mirada por el salón... Yo estaba en primera fila... me ha visto y, ¿lo creerás?, no ha separado de mí los ojos, ni los ha bajado... me ha mirado fijamente como desafiándome... ¡Bah! Su cabeza es la que necesitamos y la tendremos.»

El anciano hablaba con acento salvaje y sin advertir la dolorosa impresión que sus palabras producían en el conde. Este, al pensar en su enemigo vencido así por la fuerza pública, arrastrado por los gendarmes, como destrozado por el engranaje de la máqui-

na anónima e invencible que se llama la justicia, se había estremecido con estremecimientos de vergüenza; la vergüenza del hombre que hubiese encargado a BRAVOS de oficio un asunto de muerte. Él estaba empleando, efectivamente, a los gendarmes y a los magistrados, como se empleaba a los *bravos* de la Edad Media para asesinar, en una venganza que tanto había deseado él realizar por su cuenta y bajo su responsabilidad. Era indudablemente una indignidad y una cobardía no haber hablado. Por otra parte, ¿qué significaba aquella mirada que Greslou había lanzado al marqués? ¿Sabría Roberto que Carlota había escrito su carta de confesión la víspera de suicidarse? La sola idea de que el joven pudiera sospechar la verdad y despreciarlos, al marqués y a él, por su silencio, encendía la sangre en el corazón del conde.

—No, no—dijo cuando su padre, después de almorzar muy apresuradamente, había vuelto a la audiencia para presenciar la continuación del juicio—. No puedo callar; hablaré o escribiré.

Sentóse a la mesa y comenzó a trazar maquinalmente estas palabras a la cabeza de un plieguecillo de papel: «Señor presidente.» Caía la tarde y Andrés continuaba en el mismo sitio, con la frente apoyada en la mano y sin haber escrito más que la primera línea de aquella carta. Esperaba noticias de la segunda parte de la sesión y escuchó con estremecimiento profundo la relación de su padre.

—¡Ah, mi querido Andrés!—decía el anciano con indignación—. ¡Qué bien has hecho en no venirte conmigo! ¡Qué infamia! ¡Oh, qué infamia! Greslou ha sido interrogado; pero persevera en su sistema

de guardar silencio. Eso no importa nada... Los peritos llegaron luego a exponer los resultados de su análisis. Nuestro buen doctor ha declarado primero. Temblaba su voz, ¡excelente sujeto!, cuando explicó sus impresiones a la vista de nuestra pobre Carlota, y, a solas, al entrar en su habitación... Después habló el profesor Armand; tú no habrías podido soportar aquello... ¡Era una cosa horrible! Horrible aquella autopsia de nuestro ángel, allí, en aquel salón donde había más de quinientas personas. Por último llegó el turno al químico de París. Si hubiese quedado alguna duda... después de esto ya... El frasco de que se sirvió aquel monstruo estaba allí, en la mesa, yo lo he visto. Y después, ¿cómo se han atrevido? Su abogado, un defensor nombrado de oficio, y que ni siquiera tiene la excusa de ser amigo de su defendido, su abogado... ¿cómo podría yo decírtelo?... Ha preguntado si Carlota había muerto pura... si se había examinado su cadáver para fijar esto... Estas palabras promovieron en la concurrencia un rumor de desaprobación y de disgusto. ¡Eh! ¡Mi hija! ¡Tan pura, tan noble... una santa! ¡De qué buena gana hubiera yo abofeteado a aquel hombre!

Hasta el asesino, a quien nada conmueve, se sintió impresionado al oír aquellas palabras. Yo lo he visto... En aquel momento cogió la cabeza con ambas manos y lloró. Debería estar prohibido por la ley hablar así de una víctima delante del Tribunal. ¿Qué creería aquel estólido, que Carlota había tenido un amante? ¡Un amante! ¡Ella un amante!

La indignación del anciano era tan grande, que de pronto estalló en sollozos; también el conde en pre-

sencia de aquel dolor inmenso, sintió que las lágrimas se agolpaban a sus ojos, y aquellos dos hombres, sin pronunciar una palabra, se abrazaron.

Cuando Andrés quedó solo en su cuarto, intentó continuar la carta principiada; pero no tuvo ánimos para dar tan terrible golpe a su pobre padre... dudó, vaciló... hubo momentos en los que se decidió a escribir... pero no escribió. Tomó sí la carta de su hermana y volvió a leerla, aunque sabía de memoria cada una de sus frases. ¡Brotaba de aquellas páginas, escritas por aquella mano ya inmóvil para siempre, un suspiro tan desesperado, un suspiro de agonía tan triste! ¡La ilusión de la desdichada joven había sido tan insensata; tan sinceras habían sido sus luchas; tan amargo su despertar, que el conde sintió otra vez las lágrimas que surcaban su rostro! Era esta la segunda vez que lloraba en aquel día, él que desde la muerte de Carlota había tenido secos los ojos, como si el odio los quemase.—Greslou lo ha merecido todo—se dijo. Después permaneció inmóvil algunos minutos, y luego colocó sobre el rescoldo a medio consumir de la chimenea las hojas de la carta. Encendió una cerilla, y encendida la colocó debajo del papel; contempló cómo la llama se desarrollaba en rededor del pliego, iba garando poco a poco los renglones escritos... y, por último, transformaba aquella prueba única del miserable amor y del suicidio de la joven en unos restos negruzcos. El conde mezcló y revolvió aquellos restos con las cenizas. Se acostó después, diciendo en voz alta: *está hecho*, y se durmió, como la noche anterior a su primera batalla.

Andrés, madrugador de ordinario, no despertó hasta las nueve del día siguiente.

—El marqués me prohibió que despertase al señorito—respondió Pourat cuando fué llamado por el conde y mientras abría la ventana. El sol penetró en la habitación; ese sol alegre de despedida del invierno sustituía al cielo triste y oscuro de la víspera... —El señor marqués salió hace una hora. Sabe usted, mi capitán, hoy ha sido necesario conducir al preso por el subterráneo.

—¿Qué subterráneo?

—Uno que hay para ir desde la cárcel al Palacio de Justicia. Parece que lo emplean para los grandes criminales que pueden ser acometidos por las turbas. A fe mía, mi capitán, que si yo le viese pasar me parece que me entrarían muchas ganas de cargar sobre él... A los perros rabiosos no se les juzga, se les mata. Vaya, ya me dejé olvidadas las cartas de esta mañana en el salón.

Pourat volvió al cabo de un minuto y entregó a su capitán tres cartas: los sobres de las dos primeras indicaron al conde inmediatamente de quién eran. El sobre de la tercera carta estaba escrito con letra que el hermano de Carlota desconocía del todo. Había sido dirigida desde París a Luneville y desde este último punto a Riom. Las manos de aquel oficial valiente, que no sabía lo que era el miedo, temblaron al tomar aquella carta. Cuando leyó las líneas escritas allí por el filósofo, se puso tan pálido como el papel que tenía entre sus manos temblonas, de tal suerte, que el asistente le preguntó:

—¿Se pone usted malo, mi capitán?

—Déjame—contestó bruscamente—: me vestiré solo.

La lectura de aquella carta renovaba en el alma del conde la lucha que él creía terminada para siempre. Como él conocía perfectamente la letra de Greslou, comprendió que aquella carta no estaba escrita por él; existía, pues, en el mundo otra persona conocedora del secreto; había alguien que podría decir, con justicia, que el conde Andrés, tan celoso de su honra, había cometido una indignidad y una cobardía. Esta situación se le hizo más intolerable cuando su padre, que regresaba del paseo, comenzó, como en el día precedente, a referirle lo acontecido.

—Se ha interrogado a los testigos... He declarado yo. Pero lo más duro de todo ha sido el encontrarme, antes de la sesión, con la madre de Greslou... Es una fortuna que no se haya hospedado aquí... Está en la fonda del Comercio, donde ha tenido la osadía de suplicarme que fuese a hablar con ella, y donde hemos pasado un momento... ¡Qué momento!... Tiene una figura difícil de olvidar... un rostro severo y unos ojos negros que lanzan como un fuego sombrío cuando lloran. La pobre mujer se ha adelantado hacia mí y me ha hablado... Me ha conjurado para que yo diga que su hijo es inocente, que yo lo sabía, y que, por lo tanto, no tenía derecho a declarar contra él. ¡Desdichada!... El rato ha sido horrible, pero no puedo sentir rencor contra ella... Al fin es su hijo... Es realmente extraño que un infame como ese pueda tener en el mundo un corazón que le ame así... como amaba yo a Carlota, como a ti te amo. ¡Ay!—prosiguió el cruel anciano—es ya la una;

va a hablar el fiscal... Después hablará la defensa. Entre las cinco y las seis de la tarde tendremos ya el veredicto. ¡Cómo me tranquilizará el corazón verle mientras se publica la sentencia!... Eso es lo justo: ha matado, debe morir.

¡Entre cinco y seis!... Cuando el conde quedó solo comenzó nuevamente a pasearse de arriba abajo, como la víspera, mientras Pourat y el ayuda de cámara del marqués quitaban la mesa. Estos dos hombres han contado que nunca habían visto a su amo tan inquieto como durante aquella media hora. Grande fué el estupor de ambos cuando mandó que le preparasen su traje de uniforme. En un cuarto de hora se vistió y salió de la fonda, de donde no había querido salir en los tres días que llevaba en Riom. Una circunstancia hizo temblar al valiente Pourat. Notó que el capitán había tomado su revólver, colocado en la mesita de noche.

—Pourat, si Greslou es absuelto—dijo—el capitán es hombre para levantarle la tapa de los sesos allí mismo.

—Acaso deberíamos seguirle—dijo el otro criado.

Entretanto Andrés había llegado al Palacio de Justicia, y casi inconscientemente, porque procedía como una máquina, manifestó sus deseos de prestar declaración.

—En cuanto el señor fiscal termine podrá usted hablar al señor presidente—le dijo un ujier.

Esta noticia proporcionó al conde algún consuelo. Se le evitaba el suplicio de declarar en público y delante de su padre; pero esta esperanza duró muy poco. Aún no habían transcurrido diez minutos

cuando el presidente apareció en el gabinete donde Andrés le esperaba. Era un anciano de elevada estatura, rostro grave y cabellos grises, que, contrastando con el color rojo de la toga, parecían verduzcos. Desde las primeras palabras y ante la afirmación del conde Andrés de que llevaba la prueba de que el acusado era inocente, interrumpió el magistrado:

—En esas condiciones, caballero, no me es lícito admitir las confidencias de usted. El juicio va a comenzar de nuevo y usted será oído como testigo si ni la acusación ni la defensa se oponen a ello.

Ninguna de las estaciones de su calvario se evitaban, pues, al hermano de Carlota. Había venido a chocar con esa máquina impasible de la justicia que no tiene, que no puede tener en cuenta la sensibilidad humana. Le fué preciso sentarse en la sala de testigos y acordarse de la escena que allí había pasado, pocas horas antes, entre su padre y la madre de Roberto Greslou; entrar después en la sala donde se celebraba el juicio; allí vió las paredes desnudas con la imagen del crucifijo dominando a la concurrencia, las cabezas vueltas hacia él con suprema atención, al presidente colocándose de nuevo entre dos asesores, al fiscal y al abogado envueltos en sus togas rojas, a los jurados a la izquierda del Tribunal. Roberto Greslou estaba a la derecha, en el banquillo de los acusados, lívido, con los brazos cruzados e impasible. Mucha gente se apresuraba a entrar y se disponía a oír, detrás de los magistrados, en la tribuna. En el sitio de los testigos Andrés reconoció a su padre... ¡Cómo le entristeció ver desde allí sus venerables cabellos blancos! Pero su corazón no desfalleció cuan-

do el presidente, después de haber preguntado a la defensa y a la acusación si no se oponían a que declarase otro testigo, le hizo decir su nombre y circunstancias y prestar juramento según la fórmula. Los magistrados que asistieron a esta escena están conformes en afirmar que nunca hubo en juicio alguno emoción parecida a la que se apoderó de todos los presentes, incluso los magistrados mismos, cuando aquel hombre, cuya vida de héroe conocían todos por los artículos publicados en muchos periódicos, a consecuencia y con motivo del proceso, comenzó con voz firme, pero en la que se notaba un terrible dolor.

—Señores jurados: solamente tengo que decir dos palabras. Mi hermana no ha sido asesinada, se ha suicidado. La víspera de su muerte recibí una carta suya en la cual me anunciaba su resolución de morir, y me explicaba el por qué. He creído tener derecho a ocultar este suicidio, he quemado esa carta. Si el hombre que se halla ante vosotros—y señaló a Greslou con la mano izquierda, volviéndose a medias hacia él—no ha envenenado, ha hecho algo peor... Pero eso no corresponde a vuestra justicia... No debe ser condenado por vosotros como asesino... Es inocente. A falta de una prueba material de esa inocencia, prueba material que no puedo daros, os doy mi palabra.

Estas palabras caían una a una, produciendo como una especie de angustia general en toda la sala. Oyóse entonces un grito seguido de un gemido.

—Está loco—gritaba una voz—, está loco; no le escuchéis.

—No, padre mío—replicó Andrés, que había conocido la voz de su padre y que se volvió hacia él—, no estoy loco. He hecho lo que el honor exigía. Espero, señor presidente, que no se me exigirá decir nada más.

La voz del conde era suplicante, y de tal modo se comprendió por el público la situación de aquel hombre, que hubo murmullos de disgusto cuando respondió el presidente:

—Con gran sentimiento mío, caballero, no puedo acceder a lo que usted me indica. La extraña gravedad de la declaración que usted acaba de prestar no permite a la justicia contentarse con indicaciones que su deber, un deber doloroso, pero deber al fin, es hacer que usted precise.

—Está bien, señor presidente, yo también cumpliré mi deber hasta el fin.

—Ha hablado usted de una carta que escribió a usted su señora hermana. Permítame usted manifestar que es por lo menos extraordinario que la primera idea de usted no haya sido iluminar a la justicia comunicándole esa carta.

—Contenía un secreto que hubiera yo ocultado aun a costa de mi sangre.

Andrés ha contado después al amigo que tan fiel le había sido, a Máximo Plane, escogido por él para hermano, que aquel había sido el momento más terrible de su sacrificio; pero que, a contar desde entonces, la emoción quedó como suprimida en su ánimo, acaso por su grandeza misma. Todos los portadores de la carta de su pobre hermana fueron re-

velados... hubo de referir sus propias sensaciones y sus agonías horribles.

En lo que respecta a lo sucedido después, el mismo conde ha manifestado que recordaba solamente algunas circunstancias materiales: bajo su mano sintió el frío de la columna de hierro en que se apoyó cuando se sentó en el banco de los testigos, del cual había sido necesario retirar al marqués desde las primeras palabras de aquella declaración... Ha dicho que recordaba la voz del fiscal cuando se levantó para retirar su acusación, el discurso del abogado de Greslou, la salida del Jurado y su reaparición con un veredicto negativo. ¿Cuánto tiempo transcurrió entre aquellas palabras del fiscal y la publicación del veredicto? Nunca ha podido darse cuenta exacta de ellas bien, así como tampoco ha podido dársela del empleo de su tiempo en aquella noche.

Desocupada la sala le invitaron a que también abandonase el local; recuerda que anduvo muy de prisa y fué muy lejos. Algunos vecinos de Combronde, que regresaban a sus casas de vuelta del juicio, le encontraron en el camino de aquel pueblo. Salía de una posada, donde había escrito varias cartas dirigidas: una a su padre, a su madre otra, la tercera a su coronel y a su amigo Máximo Plane la última.

A las nueve de la noche, el conde Andrés llamaba a la puerta de la fonda del Comercio, donde su padre le había dicho que paraba la madre del absuelto, y preguntaba al portero si el señor Greslou estaba allí. El portero había oído la relación de los dramáticos incidentes de aquella sesión, y con sólo ver el uniforme de capitán de dragones comprendió quién

era el que preguntaba, y tuvo la discreción suficiente para responder que el señor Roberto Greslou no había parecido por allí.

Desgraciadamente creyó proceder con acierto subiendo en seguida al cuarto del joven que, en efecto, hacía una hora que, puesto en libertad, se hallaba allí con su madre y Adriano Sixto. Este no había podido resistir a las súplicas de la viuda que, habiéndole hallado en los pasillos de la fonda, le había conjurado a venir en su auxilio para reunirse a su hijo.

—Caballero—dijo el dependiente de la fonda después de haber pedido permiso para hablarle aparte—, tenga usted cuidado, el señor conde de Jussat está buscando a usted.

—¿Dónde está?—preguntó febrilmente Greslou.

—Probablemente no habrá salido de la calle—dijo el portero—, pero le he dicho que usted no estaba aquí.

—Ha hecho usted muy mal—dijo el joven, y tomando su sombrero se lanzó a la calle sin contestar a su madre que le preguntó: ¿Adónde vas?

Roberto bajó volando la escalera; la idea de que el conde creyese que se ocultaba de él le trastornaba. El conde estaba al otro lado de la calle; Roberto le reconoció, y se fué hacia él.

—¿Quería usted hablarme, caballero?—le preguntó con altanería.

—Sí—dijo el conde.

—Estoy a las órdenes de usted para la reparación que quiera usted exigir de mí. No abandonaré a Riom; doy a usted mi palabra.

—No, señor—respondió Jussat—; con hombres como usted no se bate uno... A seres así se los mata.

Y al decir esto sacó el revólver del bolsillo, y como Roberto, lejos de huír, permanecía ante él, como si le dijese: «atrévase usted», le disparó a boca de jarro. Oyóse simultáneamente en la fonda el ruido de la detonación y un grito de agonía, y cuando acudieron las gentes hallaron de pie al conde Andrés que, recostándose en la pared, arrojaba el arma, y cruzándose de brazos dijo sencillamente, mostrando el cuerpo del amante de su hermana:

—He hecho justicia.

Y se dejó prender sin hacer la menor resistencia.

.....

Durante la noche que siguió a aquella escena trágica, los admiradores de la *Psicología de Dios*, de la *Teoría de las pasiones* y de la *Anatomía de la voluntad* habríanse admirado de seguro si hubiesen podido ver lo que pasaba en el cuarto número 3 de la fonda del Comercio y leer en el pensamiento del implacable y enérgico maestro. Al pie del lecho mortuario hallábase arrodillada la madre de Roberto Greslou. El gran demoledor, sentado en una silla, miraba alternativamente a la mujer que rezaba y al muerto que dormía el sueño mismo de Carlota de Jussat; y por la primera vez, sintiendo la impotencia de su razón para sostenerlo, aquel analizador casi inhumano a fuerza de lógica, se humillaba ante el impenetrable misterio del destino. Las palabras de la única oración que recordaba de su niñez: «Padre nuestro que estás en los cielos...» se escapaban de

su corazón. No las pronunciaba, es cierto; acaso no las pronunciaría nunca; pero si existe ese Padre celestial a quien grandes y pequeños vuelven los ojos en las horas de angustia como al recurso último, ¿no es la más conmovedora de las oraciones esta necesidad de orar? Y si ese Padre celestial no existiese ¿tendríamos hambre y sed de El en esos momentos? «No me buscarías si no me hubieses hallado.» En este instante mismo, y gracias a la lucidez de pensamiento que acompaña a los sabios en todas las crisis, Adriano Sixto recordó aquella frase admirable de Pascal en su *Misterio de Jesús*; ¡y cuando la madre de Roberto se levantó pudo ver que el filósofo Adriano lloraba!

París, Septiembre 1888.—Clermont-Ferrand, Mayo de 1889.

FIN